

Inolvidable Granada (1)

En 1829 un ciudadano norteamericano oyó hablar de la lejana Granada y sin dudarlo emprendió un largo viaje. Cuando llegó, comprendió que sus pasos habían sido sabios y estuvo largos meses viviendo en el corazón de la Sabika, la colina roja, oyendo las historias que le contaban los marginados habitantes de los arruinados palacios nazaríes. Con ellas formó un libro - de éxito universal y fulminante - que devolvió a la vida a la abandonada Alhambra. Hablamos de Washington Irving (Nueva York 1783-1859) y de sus "Cuentos de la Alhambra" (imprescindibles para llevar en la maleta si se quiere conocer de verdad Granada)

En 1907 un joven músico gaditano vivía en París. Por las tardes acudía a visitar a un gran compositor catalán ya anciano y muy próximo a la muerte, al que sólo consolaba en tan duro trance escuchar, en la guitarra de otro amigo, las lejanas músicas de España y, en especial, una que él había dedicado a Granada, donde había vivido momentos inolvidables de su juventud... Hablamos del joven Manuel de Falla y del gran Isaac Albéniz y del guitarrista Ángel Barrios. Aquella emocionada *Granada* de Albéniz, impactó para siempre el sensible espíritu de Falla, que bajo su influjo, y sin conocerla aún, escribió su ópera "*La vida breve*" situada en el Albaicín y su nocturno "*En el Generalife*", dentro de "*Noches en los jardines de España*".

Una vez que Falla consiguió su sueño de vivir en Granada, en 1919, envió a su amigo el músico francés Debussy una sencilla tarjeta coloreada, con la Puerta del Vino en la Alhambra. Debussy jamás llegó a conocer Granada, pero escribió dos piezas magistrales sobre ella: "*Atardecer en Granada*" y "*La Puerta del Vino*". Previamente se había enamorado del cante jondo, oyéndoselo cantar a un grupo de gitanos en el Pabellón de España de la Feria Internacional de París en 1900.

Santiago Rusiñol (Barcelona 1861-Aranjuez 1931) polifacético y extrovertido artista llegó a Granada en 1895, y también se enamoró de ella al contemplarla de noche, a la luz de la luna y descubrir la Alhambra bajo la lluvia" cómo *si llorara sus desventuras*". Empezó a describirla con su pluma y a pintarla con sus pinceles: "*Cuando cae la tarde en el Generalife delante de la tela y de la caja de colores, no*

siento pasar las horas", escribía a un amigo. No quería marcharse. Cuando no tuvo más remedio que hacerlo, volvió a escribir: "*Desde que me fui de Granada no tengo otra idea que volver a ella*". Regresaba siempre que podía y pasó ratos felicísimos en la Taberna del Polinario de don Antonio Barrios (el padre de Ángel Barrios), en el corazón de la Alhambra, rodeado de amigos como Falla, Zuloaga, Lorca... En su libro "Jardines de España" 17 grabados son de "su Granada"...

Pero Granada, tan luminosa y riente no se entrega fácilmente, nunca se la conoce a fondo; se sabe muy hermosa recostada en la Vega, con el fondo de las Nieves de la Sierra, y además sabe que aunque sea ingrata no pueden dejar de amarla. En el siglo XVII un poeta granadino, Pedro Soto de Rojas, la definió así: "*Paraíso cerrado para muchos, jardín abierto para pocos*"

Y es que Granada es un sentimiento que te llena cuando bajas de la Sabika por la estrecha Cuesta del Rey Chico, cuando oyes el Darro y conoces el Genil, cuando hueles los arrayanes y te estremeces en la Plazuela del Cristo de las Azucenas y junto a los misteriosos aljibes del Albaicín donde el agua llora; cuando recorres de noche la Calle Real de la Alhambra, y te emocionas en el pequeño Carmen de Falla: una diminuta casa en la Antequeruela Alta, en la falda sur de la colina, en la que, sin necesidad de que suene, se oye la música que la llenó de significado y con un jardín, también pequeño desde el cual, según su dueño, "*Se contemplaba el paisaje más bello del mundo*" y que le atrapó el alma.

Y también sigues las huellas que dejó San Juan de Dios y revives la triste suerte de Mariana Pineda...

María Rosa